

De profesión y formación periodista, Elena Lázaro ha desarrollado su actividad literaria siempre en el campo del relato. Ganadora de la última edición del Certamen de Relato Breve Cardenal Salazar (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2009), ha ampliado su formación con algunos cursos de creación en la Escuela de Escritores de Madrid y mantiene una actividad permanente a través de las historias de su alter-ego virtual en [www.historiasdeunamujercero.blogspot.com](http://www.historiasdeunamujercero.blogspot.com)

**Elena Lázaro Real**

Sexto Accésit del III Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

## **UNA FLOR PARA GLORIA**

**07:45**

Gloria llegó aquella mañana al despacho quince minutos antes de su hora habitual. Al menos así consta en el informe policial redactado esa misma tarde. Su excusa oficial, la que rubricaron los agentes encargados en un primer momento de la investigación, fue que quería dejar resueltos varios asuntos rutinarios antes de cerrar definitivamente la agenda del jefe y comenzar a dar paso a las primeras visitas previstas. Pero ella sabe bien

que no es así; que hay algo más.



Sólo adelantando su hora de entrada en el rectorado podría asegurarse estar lista esa noche para la cita que lleva esperando toda su vida, al menos, desde que empezó a soñar con su príncipe. Cuarenta y ocho son demasiados años como para que pesase madregar un poco más. Lo tenía todo pensado. Entraría temprano y dejaría enviados los informes pendientes. Prepararía la agenda de la semana mientras él despachaba las visitas. La última estaba prevista para las doce. Media hora después, el jefe comparecería ante la prensa para dar la gran noticia. Estaba segura de que al concluir la rueda de prensa, él ya no volvería al despacho. Bajaría directamente a la cafetería con su equipo a tomar el aperitivo para celebrarlo y empezar a trabajar en la campaña. Sería el momento perfecto para escapar. Ella tenía cita en la peluquería a las cinco. Antes tendría que pasar por casa, almorzar (hoy sólo tomaría ensalada y un zumo a base de frutas; quería una piel radiante para la noche) y descansar. En la peluquería no debía pasar más de una hora; añadiría otras dos para decidir definitivamente si optaba por el pantalón marrón con la camisa beige estampada y zapatos planos (un look más informal) o por el traje de chaqueta gris con la camiseta más escotada de su armario y los tacones rojos. La primera opción era la más segura. Siempre ha preferido no llamar en exceso la atención, pero la segunda lanzaría el mensaje definitivo: "estoy harta de ser una solterona mojigata y una secretaria eficiente; quiero que me lleves a la cama de una vez por todas". Por eso no prestó especial atención a los sucesos de aquella mañana. No estuvo pendiente de los detalles y su declaración ante la policía quedó verdaderamente incompleta.

Apenas llevaba diez minutos en su mesa cuando sonó el teléfono. Gloria se encajó los cascos que utiliza para poder teclear mientras escucha. La voz al otro lado de la línea sonaba nerviosa.

—Dígame

—Buenos días, señorita Gloria. ¿Podría hablar con don Amancio?

—No ha llegado aún, si quiere dejar algún recado, yo...- Luis la interrumpió nervioso.

—¿Todavía no ha llegado? Dígale que es muy urgente. Él sabe por qué lo llamo.

—No me ha dicho su nombre.

—Creí que me habría reconocido. Soy Luis, el doctorando de su departamento.

—Su apellido, por favor.

—Albert, como Alberto, pero sin la "o".

Luis había repetido esa misma explicación un número infinito de veces desde que llegó a la ciudad. Lo hacía ya de manera instintiva, casi sin esperar la pregunta, pero hoy su instinto le había fallado. No era capaz de adelantarse a los acontecimientos, no fue capaz de prever las consecuencias de su decisión, por eso debía poner freno a aquella locura. ¿Cómo era posible que el jefe no hubiese llegado aún al rectorado? A las siete y media de la mañana, el trayecto entre el laboratorio y su despacho no podía llevarle más de diez minutos. En una ciudad pequeña como la suya, el tráfico y los atascos amanecen más tarde, cuando llega el momento de llevar a los niños al colegio. Era imposible, el jefe debería haber llegado. ¿Se estaría impacientando demasiado?



## 8.15

Nada más colgar el teléfono, Gloria oyó cómo se abría la puerta del despacho del jefe. Había entrado por el acceso contiguo al suyo. No era muy habitual, pero en ocasiones, cuando tenía prisa, don Amancio entraba directamente. Así se lo explicó a los agentes. Le extrañó que precisamente hoy no pasara antes por su mesa para saludarla. Eso no lo dijo. Se limitó a dejar constancia de la hora de entrada del jefe. Eran las ocho y cuarto. Cerró inmediatamente la puerta y mientras lo hacía, dijo: "No me pase llamadas y retenga a las visitas hasta que yo la avise".

Gloria repasó la agenda del día. No vendría nadie hasta las diez. Había tiempo, pues, de que el jefe resolviera lo que fuera que lo trajo al despacho tan ocupado. Entonces cayó en la cuenta de que no había dejado la prensa del día sobre la mesa. Solía hacerlo nada más llegar, de forma que él pudiera repasar los titulares a primera hora, pero hoy él se había adelantado. Pensó que tendría tiempo aún. Pidió por teléfono a la cafetería el desayuno habitual del jefe: café descafeinado de máquina con leche fría, dos azucarillos, zumo de naranja y un sándwich de jamón y queso troceado y sin tostar en exceso.

Alberto –con la "o", pensó Gloria al verlo llegar- subió diligente con la bandeja. Él sí utilizó la puerta de entrada al despacho habitual. Nunca se le ocurriría tocar directamente a la del jefe. Prefería ver a Gloria.

—Bueno días, princesa. Aquí traigo el pienso del animal.

—Por dios, Alberto, baja la voz. Puede oírte.

—¿Con esa puerta antediluviana de por medio? Lo dudo. Podríamos pasarnos la mañana follando y no se enteraría.

—Alberto, calla. Sabes que no me gusta. Deja los vasos sobre la mesita. ¿Traes el ticket para firmarlo?

Alberto rodeó la mesa de Gloria para dejar la bandeja. Observó su cabello recogido, como siempre, en una coleta y detuvo su mirada sobre su cuello. Le gustaba escudriñar su piel imaginando cómo sería besarla, cómo sería detenerse en su perfume. Nunca se había atrevido a insinuar sus intenciones claramente. Estaba convencido de que sus bromas exageradas no evidenciaban su amor, sino todo lo contrario.

Al soltar el desayuno sobre la mesa, pudo oír el grito de Don Amancio: "Lo sabía, era evidente". Así lo explicó a los agentes cuando aparecieron a buscarlo en la cafetería.

### 8.30

Gloria despidió a Alberto con una sonrisa. Sabía que sus bromas en ocasiones más que pasadas de tono, soeces, camuflaban una timidez infinita que le hacía imposible insinuar si quiera la posibilidad de salir juntos. Le gustaba saberse querida, pero un camarero que apenas llegaba a los treinta no servía a sus propósitos. Ella buscaba otra cosa y esa noche iba a dar el paso definitivo para conseguirla.

Tomó la bandeja en una mano y golpeó la puerta del despacho de don Amancio con la otra. A punto estuvo de dejar caer el desayuno sobre la moqueta. Afortunadamente sostuvo la bandeja a tiempo, aunque le



costó la rotura de una uña. Precisamente hoy. Ese accidente la retrasaría en su programa, pero no pensaba acudir a su cita con una uña menos. Hoy no. ¿Y si él le tomase la mano y descubriese el muñón? Tendría que convencer a la peluquera, pero insistiría hasta que le arreglase aquel estropicio.

No obtuvo respuesta al otro lado de la puerta y volvió a su mesa. No era la primera vez que se lo hacía. No se molestaba en contestar. Ella sabía que si no oía "adelante" no debía abrir. Miró el teléfono y comprobó que la línea del despacho principal estaba ocupada. Debía estar hablando. Una llamada personal, seguro, porque el resto solía hacerlas a través de ella.

### 9.30

Una hora después entró don Juan, del Servicio de Personal. Era la primera visita prevista, aunque se había adelantado. Habían fijado la cita la tarde anterior cuando don Juan insistió en que era vital resolver definitivamente el problema de la convocatoria de profesor contratado del Departamento de Biología Vegetal -con todos esos detalles aparece la declaración del jefe de Personal en el informe policial- si don Amancio no quería verse envuelto en un escándalo de esos que gustan a la prensa amarilla para llenar titulares y destruir a las autoridades. Prevaricación había sido el término utilizado por algún representante sindical y así lo admitió uno de los agentes encargados de la investigación. Aunque ahora ya nunca se sabría.

Gloria saludó a don Juan y no pudo evitar pensar que lo patético que resultaba aquel hombrecillo empeñado en tapar su evidente alopecia



con un peluquín barato y que gustaba de usar esas rebequillas grises de lana barata. ¿Cómo podía todo un jefe de servicio dar aquella imagen tan rancia a una institución que vendían como moderna?

Ella no podía entenderlo. Esas rebecas eran el único recuerdo que Juan conservaba de sus años en el partido, cuando luchaba por lo que ahora todo el país podía disfrutar. Así de convencido estaba. Él y sus compañeros eran los responsables directos del bienestar de los trabajadores, que ahora se quejan por puro vicio. Ahora vivimos en un sistema justo, cree Juan. Un sistema que recompensa a los comprometidos como él. ¿Por qué no iba a ser justo cobrar lo que cobraba con la responsabilidad que debía asumir? ¿Por qué no iba a aceptar aquellos regalos de las familias de los opositores? Al fin y al cabo no hacía daño a nadie, aunque en el partido no quisieran entenderlo. Por eso dejó de pagar la cuota y sólo mantenía la imagen romántica de los años de lucha.

Ahora había tenido que pelear con los representantes sindicales por aquel presunto caso de prevaricación. Un asunto al que no habría dado importancia si no se encontraran en aquel momento, justo al inicio de la campaña. Por eso debía hablar urgentemente con don Amancio.

Al llegar al despacho se limitó a dar los buenos días y a posar su mano en el pomo de la puerta.

—No puede entrar- advirtió Gloria

—Habíamos quedado ¿no lo recuerda?



—Lo recuerdo perfectamente, pero no puede entrar. Don Amancio está ocupado. Si quiere puede esperar. Siéntese.

—No tenemos tiempo. Si no resolvemos esto, tendremos a los sindicatos en la puerta

Gloria sabía que no debía molestarle y aún así lo hizo. Marcó el número interno del despacho del jefe, pero obtuvo el silencio por respuesta. Miró a don Juan, que comenzaba a moverse nervioso en el sillón mientras susurraba algo al teléfono móvil.

### 11.30

Habían pasado casi dos horas desde la llegada de la primera visita. Era la segunda vez que don Amancio hacía esperar tanto tiempo a alguien. La primera fue precisamente a ella. Cuando Gloria asistió a la entrevista para conseguir el puesto y el jefe se presentó tres horas tarde porque había olvidado la cita. Pero hoy no tenía sentido aquel retraso. ¿Y si no tenía sentido por qué no insistió usted en entrar en el despacho?. Ésa fue la única pregunta de los agentes que Gloria no respondió con absoluta sinceridad.

—Porque tenía órdenes de no molestarle- se limitó a contestar, mientras pensaba su verdadera respuesta: Porque no pensaba enfadarle precisamente el día que por fin se había decidido a invitarla a cenar.

A las doce menos cuarto, Gloria repasó la agenda. La siguiente visita debía estar a punto de llegar. Luis Albert, el doctorando que había telefonado esa misma mañana debía ser recibido a mediodía.



—Pero no se presentó, señor agente, y no lo entiendo porque a primera hora parecía tener prisa por hablar con don Amancio- afirmó Gloria en su primera declaración.

Claro que los agentes no estaban preocupados por ello. Al fin y al cabo, el joven científico había sido el primero en dar la voz de alarma por la mañana. Otra cosa fue que el agente que atendió su llamada lo hubiera tomado por loco o borracho y se hubiese limitado a despacharlo sin mayor interés. Ahora tendrían que volver a revisar su declaración. Pero sólo antes de cotejar todas las versiones recibidas.

### **Hora 13**

El informe tendría que estar listo a primera hora de la tarde. El portavoz estaba esperándolo para poder ofrecer una versión creíble a la prensa sobre la muerte accidental de don Amancio. Al fin y al cabo todos los medios locales tenían las imágenes de un rector muerto en su despacho. Cámaras y fotógrafos habían entrado sin preguntar cuando vieron que don Amancio se retrasaba en llegar a la rueda de prensa. Los periodistas sabían que no tenía sentido llegar tarde precisamente el día que anunciaría su decisión de aceptar el puesto de ministro y entregar el testigo a uno de los miembros de su equipo, que se presentaría como candidato a las elecciones de aquel otoño. No, no tenía sentido el retraso. Por eso se fueron aproximando hasta el despacho. Uno de los fotógrafos más veteranos fue el primero entrar. Gloria trató de frenarlo, pero la imagen de don Amancio en el suelo hinchado hasta convertirse en una caricatura de sí mismo se lo impidió. Su grito alertó al resto de periodistas que tomaron el despacho alterando la escena de la muerte, según consta en el informe. El mismo



que detalla que efectivamente junto al cuerpo apareció una pequeña flor de color blanco parecida a una amapola silvestre. La misma descripción que Luis Alberto, con "o", según lo registrado en el atestado de comisaría, ofreció a primera hora de la mañana cuando llamó para advertir que el rector estaría muerto en menos de una hora, el tiempo que el aroma de aquella diminuta flor tardaría en llegar a sus pulmones provocándole la muerte por asfixia. Luis sabía que don Amancio no escucharía sus advertencias y abriría la cápsula de seguridad para comprobar cómo era aquella planta descubierta por un insignificante aspirante a doctor que pretendía hacerse con una plaza de profesor pensada para su hijo Amancio y al que despediría de su departamento en cuando publicase su tesis.

Luis estaba tan seguro de que la curiosidad científica del jefe y su ambición política le obligarían a examinar la flor que no le importó entregársela.